

## Los santos de mi casa

Por: Jesús Orta Ruiz \*

Mi casa era endeble. Cayó cinco veces bajo la furia de los huracanes y cinco veces la volvimos a levantar, enderezando los clavos y la esperanza.

Impotente ante la naturaleza y la injusticia social, mi madre albergaba sus santos preferidos: el corazón de Jesús, Santa Bárbara, San Lázaro, La Virgen de Regla y la Caridad del Cobre.

Eran puntuales de la fe a falta de columnas de cemento. A ellos mi madre encendía velas, las adornaba con flores silvestres y les rogaba por la salud y el bienestar de todos.

Nunca les reprochó nada. Los extraía de los escombros, los colocaba de nuevo en sus sitios y seguía implorando por los suyos ante el otro ciclón que eran la desocupación y la miseria.

Mi padre no era ateo, pero decía, con su filosofía de campesino rústico, que para llegar a Dios había que hacer ruido.

Mis hermanos y yo, estudiantes frustrados y trabajadores eventuales, habíamos terminado por creer que el único prodigio lo haría la Revolución; mas respetábamos la creencia de los padres, y hasta veíamos con cierta familiaridad a sus ídolos.

El movimiento revolucionario no demoró en desatar sus fuerzas. Luchamos contra la tiranía y por el establecimiento de un régimen social. Después de varios años de lucha tenaz, el pueblo conquistó el poder, y jubiloso fue el día de la victoria.

Mi madre daba gracias a sus santos. Mi padre había muerto sin escuchar el ruido ni ver el milagro. Nosotros, los jóvenes de la familia, no tuvimos más que juntar en las paredes de la pobre casita los retratos de san Lázaro y Lenin, de Santa Bárbara y Fidel, de la Virgen de Regla y el Che, de la Caridad y Celia Sánchez, de Jesucristo y Camilo.

No había ningún obstáculo para ese sincretismo ideológico en el seno de una familia que, por distintos caminos, buscaba la luz del mismo bien.

No demoró, sin embargo, en surgir el veneno de la contrarrevolución, utilizando los grandes medios de divulgación imperialistas. Una de sus consignas fue que, como manifestación anticubana, los cristianos expusieran sus imágenes religiosas en las salas y en los portales de sus casas,

Nosotros, revolucionarios, coincidíamos involuntariamente con el enemigo de la Revolución, teníamos nuestros santos en los lugares señalados. Se nos presentaba un problema; no queríamos disgustar a nuestra madre y nos preguntábamos: ¿qué hacer?

Ya el cemento había suplido la débil madera de mi casa. No había un hermano desocupado, los nietos de mi madre se incorporaban al estudio, disponíamos de médicos y medicinas para la familia. No quedaba en pie una injusticia social.

No sabíamos cómo plantear el asunto a nuestra viejecita, alma cándida como las palomas, y con esta preocupación nos acercamos a ella; que como si adivinara nuestra intención, se adelantó a decirnos, señalando a sus divinidades:

—Hemos estado casi toda la vida rogando a nuestros santos, molestándolos todos los días. Es hora de que reposen. Volverán cuando sea necesario.

\* **Jesús Orta Ruiz** "El Indio Naborí" (La Habana, 1922-2005). Periodista, investigador folclorista, Premio Nacional de Literatura de Cuba, publicó una vasta obra compuesta por 21 títulos, 11 poemarios y 10 libros de investigación literaria, histórica y de folclor, como *Bandurria y violín*, *Estampas y elegías*, *Boda triunfal*, *Entre y perdone usted...*, *Décima y folclore*, *Jardín de las espinelas* y *De Hatuey a Fidel*.